

### III. EL SANTUARIO DURANTE EL BAJO IMPERIO: SIGLO IV

#### 1. La sede cesaraugustana durante el siglo IV: Valerio I y Valerio II

Se tiene como dato comprobado que Valerio I (o Valero) gobernó la grey cristiana de Zaragoza entre los años 290 ó 310. Ha pasado a la historia sobre todo por el eco que tuvo en los hagiógrafos el cruelísimo martirio de su arcediano Vicente en Valencia. Este hecho aparece narrado con detalle en la *Passio Vincentii*<sup>276</sup> y en el himno V del Peristéfano de Prudencio<sup>277</sup>. Noticia concreta de este obispo aparece en las actas del concilio nacional de Elvira — actual barrio de Granada— celebrado hacia el año 302. Sobre la autenticidad de esas actas no hay duda alguna: están ratificadas con la firma de diecinueve obispos y de veinticuatro presbíteros en representación de sus obispos o de comunidades episcopales. En sexto lugar aparece la firma de Valerius de Caesaraugusta<sup>278</sup>.

En algunas biografías se le llama el Tartamudo por cierto impedimento que le hacía tardo en el hablar. El abad Martín Carrillo lo tiene como nacido en Zaragoza basándose en que así lo consideran Rivadeneira, Ambrosio de Morales, Garibay y Baronio<sup>279</sup>. Supone que sería de lo más virtuoso y sabio para ser elegido a pesar de la dicha deficiencia. En los breviarios antiguos se leía que su ciencia era profundísima.

La iglesia donde tiene su sede un obispo residencial se llama catedral. ¿Dónde estaba la catedral del obispo Valerio? Hagamos un repaso. La catedral de Santa

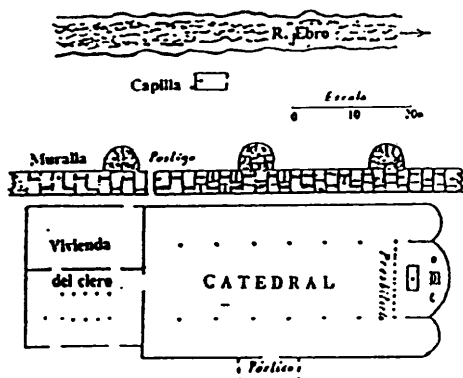
---

<sup>276</sup> Fábrega Gau, A., *Pasionario hispánico II*, p. 187-196.

<sup>277</sup> Prudencio, *Peristéfano*, V. *Pasión de S. Vicente Mártir*.

<sup>278</sup> Sotomayor, M., *La Iglesia en la España romana en H.<sup>a</sup> de la Iglesia en España I*, dirig. por R.G. Villoslada, p. 82.

<sup>279</sup> Carrillo, M., *Historia del glorioso S. Valero, obispo de Zaragoza*, p. 3.



Posición de la santa Capilla desde el año 40 hasta 1120.

María del obispo Senior (siglo IX) había sido también la del obispo Braulio (siglo VII). Esa catedral fue heredad en 1118 por el obispo Pedro de Librana, quien la reconstruyó en estilo románico en la tercera década de ese siglo XII. Esa misma iglesia fue reconstruida de nuevo en estilo barroco según los planos del arquitecto Herrera, y se procedió a su bendición el 11 de octubre de 1718.

Añadamos una afirmación tajante del monje Aimoino. «*En esta iglesia de Santa María (del obispo Senior) otro tiempo el mismo mártir y valeroso atleta de la fe (Vicente) había ejercido el cargo de arcediano bajo el pontificado de San Valerio*»<sup>280</sup>. Por consiguiente, la catedral del obispo Valerio I estaba ubicada en el mismo lugar que ocupa el actual templo del Pilar, y estaba dedicada a Santa María, pues una vez consagrada la catedral no cambia de título.

Juan Arruego, racionero de La Seo, publicó en 1653 *La Cátedra Episcopal de Zaragoza* para rebatir los argumentos de sus opositores. Emplea siete capítulos para demostrar con argucias y sofistería pura lo indemostrable: que Santa María nunca fue catedral. Le hubiese sido suficiente este párrafo de Aimoino para demostrar que lo había sido.

## Diocleciano, perseguidor de los cristianos

A finales del siglo III la Hispania romana estaba dividida en siete provincias que constituían una diócesis gobernada por un vicario. La religión oficial era politeísta. Diocleciano (285-305) consideró a los cristianos como los peores enemigos de las instituciones del Estado y decretó contra ellos una persecución que resultaría la más cruel de todas. En un primer decreto de febrero del 303 ordenó destruir las iglesias, quemar los libros sagrados y las actas de los mártires. En un segundo edicto mandó encarcelar a los que ejercían alguna función. En un tercero impuso la pena de muerte a todos los que no se avenían a ofrecer libaciones públicamente en los días señalados a las divinidades del Estado<sup>281</sup>.

Para llevar a efecto estos decretos fue enviado a la diócesis de Hispania en el

<sup>280</sup> Aimoino, *Invencción y traslado del cuerpo de S. Vicente Mártir*, ML. 126, 1066.

<sup>281</sup> Llorca, B., *Manual de Historia Eclesiástica*, p. 60.

año 304 un vicario a quien en la *Passio Vincentii* se le llama Daciano, el cual extremó la crueldad en el ejercicio de su cargo. Coincidió su llegada a Zaragoza con la de una joven llamada **Engracia**. Hija de un noble hispanorromano, procedía de Braga y se dirigía a Narbona, pues había sido pedida en matrimonio por un jefe militar. La acompañaban su tío Lupercio —como responsable de su custodia y defensa en el viaje— y diecisiete caballeros de su parentesco como cortejo nupcial. Antes de partir había tenido un sueño premonitorio en el que se le advirtió que sus nupcias se celebrarían en Zaragoza.

Aquí se enteró de la crueldad con que procedía Daciano y comprendió el significado del sueño. Entusiasmó a sus acompañantes con el deseo del martirio y espontáneamente se presentaron ante el tirano para confesar su fe en el único y verdadero Dios. Para comprender esa decisión hay que tener presente la mentalidad de la época: los fieles consideraban el martirio como el paso seguro para alcanzar la corona de la gloria<sup>282</sup>.

Daciano reaccionó con ferocidad y actuó por la vía rápida. Mandó conducir a los dieciocho acompañantes fuera de la puerta Cineja y decapitarlos en el solar que hoy se llama plaza de España. Con el fin de que no quedara rastro de ellos ordenó quemar los cadáveres. Los fieles de la ciudad reunieron los huesos calcinados y los colocaron en una urna. Recogieron también de entre las cenizas la sangre coagulada y la guardaron en una bolsa: es lo que se denomina las Santas Masas. Todo ello fue colocado con veneración en un cubículo de las catacumbas de la villa romana<sup>283</sup>.

Distinto fue el procedimiento empleado con *Engracia*. Daciano, prendado de su belleza, intentó disuadirla con halagos; la virgen los despreció. Entonces la atormentó con ensañamiento. Prudencio en el himno IV del *Peristéfanon* le dedica ocho estrofas (28-35) en las que describe los espeluznantes suplicios aguantados por la santa: el feroz verdugo la desgarró los costados, le arrancó un pecho y aparecieron las carnes sangrientas junto al corazón y emocionado exclama: «*Hemos visto parte del hígado que arrancaron los garfios del tirano*»<sup>284</sup>. Uno de los testigos presentes a estos suplicios fue el arcediano Vicente.

Daciano, a su llegada a Zaragoza, fijó como centro de sus actuaciones con toda probabilidad la curia. (Conocemos el solar que ocupaba ese edificio; en él se levanta hoy la catedral de San Salvador). Una vez liquidados a los espontáneos mártires, procedió con astucia. Primero exigió la entrega de los libros sagra-

---

<sup>282</sup> Risco, M., *España Sagrada* XXX, p. 85.

<sup>283</sup> Beltrán Martínez, A., *La diócesis de Zaragoza durante la época romana en El Espejo de nuestra Historia*, p. 107.

<sup>284</sup> Prudencio, *Peristéfanon* IV, 138.

dos y las actas: sirvieron de pasto a las llamas. Después ordenó el apresamiento de todos los clérigos, empezando por el obispo Valerio: fueron conducidos a la curia.

Solía presidir la sala la estatua de una divinidad en cuyo honor los curiales al entrar quemaban unos granos de incienso. El presidente les recordó la obligación impuesta por los decretos imperiales de manifestar su acatamiento a las divinidades del Estado y los conminó a ofrecer el incienso. Como el anciano Valerio sufría de un pequeño impedimento que le dificultaba expresarse con soltura, había confiado el oficio de la predicación a Vicente. El joven arcediano confesó con ardorosa elocuencia que adoraban sólo al verdadero Dios, creador del cielo y de la tierra.

Daciano juzgó tal actitud como insolente y en represalia ordenó abofetearlo. Fluyó sangre de la nariz e impregnó la túnica<sup>285</sup>. Ante la resistencia, el presidente consideró oportuno proceder con pausa. Pensó que doblegaría con más facilidad los ánimos apartando a los dirigentes. Con ese fin dispuso al traslado de Valerio y Vicente a Valencia. Los fieles consiguieron hacerse con la túnica del arcediano y la guardaron en la catedral. Con ese episodio la curia quedó aureolada ante los cristianos, quienes, andando el tiempo, la convirtieron en iglesia.

## **Valerio II y el primer concilio de Zaragoza**

El 4 de octubre del 380 firmaron «in sacratio», es decir, en la sacristía de la catedral de Santa María los doce padres conciliares las actas del primer concilio celebrado en Zaragoza. Señalemos sus nombres: Fitadio (Agen), Delfin (Burdeos), Eutiquio, Ampelio, Audencio (Toledo), Lucio, Itacio (Ossobona), Esplendonio, Valerio (Zaragoza), Simposio (Astorga) Cesterio e Hidacio (Mérida). Se habían reunido para tomar postura frente a los priscilianistas<sup>286</sup>.

De los obispos citados nos interesa de modo especial Valerio por las tareas que encomendó al poeta Prudencio. El historiador galorromano Sulpicio Severo escribió en su *Cronicón* un amplio relato sobre este concilio. Los seguidores de Prisciliano se entregaban a prácticas rigoristas, incluso en los domingos, en lo referente al ayuno y abstinencia. Los padres conciliares redactaron diez cánones en los que reprobaban esas prácticas<sup>287</sup>.

---

<sup>285</sup> Carrillo, M., *o. c.*, p. 32 y Prudencio, *o. c.*, 90-91.

<sup>286</sup> Beltrán Martínez, A., *o. c.*, p. 110.

<sup>287</sup> Beltrán Lloris, F., *El siglo IV y la recepción del cristianismo en H.<sup>a</sup> de Aragón*, p. 128.

## 2. El poeta Prudencio: datos biográficos

Tras muchas discusiones se ha llegado a poner en claro que **M. Aurelio Prudencio Clemente** nació en **Calahorra** (Calagurris) en el año 348<sup>288</sup>. Cuando estaba en los 57 años escribió un Prefacio a sus obras, donde rememora los hechos destacados de su vida. Recuerda con desagrado los palmetazos que le proporcionó su maestro de gramática en la escuela. Cuando alcanzó los 17 años, cambió en una fiesta familiar la toga pretexta de adolescente por la toga viril, propia de los que sabían gobernarse a sí mismos, y fue inscrito como ciudadano.

Tenía que elegir entre la milicia, la agricultura y los estudios superiores de Retórica. Se decidió por ésta. La vecina Zaragoza brillaba como un gran centro cultural y se trasladó a ella, lo cual indica que su familia gozaba de buena situación económica. Pasó los largos años de su mocedad ejercitándose en la composición y declamación de discursos bajo la dirección del retórico. En su vejez estará pesaroso de la vida disipada que llevó en su juventud<sup>289</sup>.

Una vez terminados sus estudios, investido con la toga de abogado, empezó a ejercer su profesión en la misma ciudad de Zaragoza. Como buen calagurritano de genio vivo, le gustaba quedarse triunfante en los pleitos. Confiesa que la profesión le enseñó a mentir, pues «*el deseo tenaz de vencer, aún sin razón, me expuso a grandes riesgos*»<sup>290</sup>. En la población de Zaragoza había cierto predominio de cristianos sobre los paganos, aunque tratándose de decuriones la proporción se invertía. Intensa debió de ser su vida social en esta ciudad pues que la llama «*noster populus*» y consideraba suyas las glorias de ella. A pesar de los devaneos de su juventud su fe se mantuvo viva.

Recapacitó sobre los peligros de su profesión y, después de unos veinticinco años de residencia, abandonó Zaragoza para ejercer cargos políticos y administrativos. «*Por dos veces llevé las riendas de la ley de nobles ciudades; hice justicia a los buenos y mantuve a raya a los culpables*»<sup>291</sup>. «*Después el emperador me llevó a un grado elevado en los oficios de la corte, ordenándome asumir un cargo superior, cercano a él*»<sup>292</sup>.

Hacia el año 400 dejó la corte para entregarse completamente a Dios. En los dos años siguientes viajó a Roma para responder ante el Senado de algunas cuestiones pendientes y tuvo buena fortuna en resolverlas<sup>293</sup>. Admiró allí las reformas

---

<sup>288</sup> Dolc, M., *GER 19*, Prudencio, p. 331.

<sup>289</sup> Prudencio, *Prefacio*, 7.

<sup>290</sup> *Ibidem*, 15.

<sup>291</sup> *Ibidem*, 16.

<sup>292</sup> *Ibidem*, 29-21.

<sup>293</sup> Prudencio, *Peristéfanon IX*, 105.

llevadas a cabo en las catacumbas por el papa Dámaso (366-384) y se incendió su alma en el culto de los mártires. Al volver a Calahorra comunicaba a su prelado: «*He visto, ¡oh Valeriano, obispo de Cristo!, innumerables reliquias de santos en la ciudad de Roma. Muchísimas sepulturas exhibían una inscripción funeraria con el nombre del mártir o algún epigrama*»<sup>294</sup>. En su retiro se dedicó a escribir poemas religiosos considerándolo como el mejor servicio a Dios. Figura entre los más inspirados poetas líricos. Por su exactitud de lenguaje se le ha llamado el Horacio cristiano. Hay quien hace llegar a veinte mil el número de versos que escribió<sup>295</sup>.

### 3. El poeta Prudencio y la catedral de Santa María

El *Peristéfanon* (Sobre las coronas) puede ser considerada como la obra más característica de Prudencio. Refleja el culto y veneración a los mártires en su tiempo. Se compone de catorce himnos a diversos mártires. En el cuarto glorifica a Vicente, Engracia y a sus dieciocho caballeros acompañantes. Nos interesa destacar en él las referencias a la catedral de Zaragoza. Consta este himno de 50 estrofas sáficas de tres endecasílabos y un adonio, que hacen un total de 200 versos. Está estructurado de este modo:

1.º Un ampuloso exordio de 19 estrofas en el que elogia a Zaragoza, mostrando una particular predilección por ella. La ensalza por la muchedumbre de sus mártires, pues apenas la Roma imperial ha logrado superarla en esta ofrenda.

2.º El tema central aparece dividido en tres partes con estudiada agrupación de estrofas:

- a) Ocho estrofas (20-27) en las que enaltece la **catedral** como centro de la actividad del **arcediano Vicente**, pues el martirio lo celebra en el Himno V.
- b) Ocho estrofas (28-35) en las que describe los suplicios aguantados por santa Engracia. La estrofa 36 está dedicada a la nueva iglesia martirial de Sta. Engracia.
- c) Ocho estrofas (37-44) en las que va desgranando los nombres de los 18 confesores de la fe pues sufrieron decapitación.

3.º La conclusión o epílogo (45-50) que finaliza con una deprecación a Zaragoza.

---

<sup>294</sup> Prudencio, *Peristéfanon XI*, 1 y 7.

<sup>295</sup> Dolc, M., *o. c.*, p. 331.

Ceñiremos nuestra disquisición a la parte correspondiente al arcediano Vicente. En esas estrofas establece el poeta una fuerte contraposición entre Zaragoza y Sagunto. Aunque Vicente alcanzó la palma del martirio en la lejana Sagunto, sin embargo fue en Zaragoza donde empezó su triunfo. Analicemos la estrofa vigésima que se compone de tres proposiciones yuxtapuestas; cada una de ellas expresa un pensamiento independiente.

*De ese hecho, Vicente, nació tu palma,*  
Inde, Vincenti, nata est tua palma.

*Aquí el clero preparó tamaño triunfo,*  
Hic clerus peperit tantum triumphum,

*Aquí está la iglesia mitrada de los obispos (llamados) Valerio.*  
Hic (est) domus infulata sacerdotum Valeriorum<sup>296</sup>

Primera. *De ese hecho, Vicente, nació tu palma.*

Ese hecho lo expone el poeta en la estrofa anterior, donde exclama elogiando a Zaragoza: «*Se diría que eres la patria entregada a cultivar la gloria de tus mártires. Saliendo de ti sube al cielo el coro níveo de la togada nobleza*»<sup>297</sup>. Ese coro níveo —los mártires llevan vestiduras blancas en el cielo— lo forman Engracia y sus dieciocho acompañantes. Vicente, siendo arcediano, presencié la decapitación de los dieciocho y su posterior combustión. Cabe la posibilidad de que movido por su celo fuera uno de los que recogieron las cenizas y la sangre coagulada y las depositaron en la catacumba de la villa romana. Estuvo al corriente de los terribles suplicios infligidos a Engracia. Con la contemplación de esa fortaleza en la confesión de Cristo surgió en su corazón el ansia de alcanzar también la palma del martirio.

Segunda. *Aquí el clero preparó tamaño triunfo.*

Se refiere a la etapa de estudios de Vicente. Para la formación de los aspirantes al sacerdocio funcionaba la *escuela episcopal* instituida por el obispo Félix a mediados del siglo III<sup>298</sup>. En esa escuela el clero impartía bajo la dirección del sabio obispo Valerio las enseñanzas de las letras divinas y humana a Vicente y compañeros y los formaron en la práctica de las virtudes. El poeta dice que con esa formación el clero engendró al futuro mártir.

---

<sup>296</sup> Prudencio, *Peristéfano IV*, 77-78.

<sup>297</sup> *Ibidem*, 73-75.

<sup>298</sup> Castillo Genzor, A., *Anales de Zaragoza I*, p. 60.

Tercera: *Aquí está la iglesia mitrada (catedral) de los obispos Valerio.*

En el siglo IV no había en Zaragoza más que una iglesia, la catedral de Santa María, considerada como una ampliación del edículo de Santiago. Toda la vida religiosa del pueblo cristiano se desarrollaba en ella. Los domingos no había más que una misa; la celebraba el señor obispo. El clero y los fieles asistían a ella en masa y oían la homilía de pie, pues no se estilaban asientos. Prudencio, hombre de arraigadas creencias, asistía a esas celebraciones.

En su tiempo y siglos siguientes «*sacerdos*» equivalía a obispo (Véase «*De officiis*» de S. Isidoro). Esos obispos llamados Valerio son personas que ocupan lugar privilegiado en la mente del poeta. Le interesa Valerio I por ser el superior jerárquico del arcediano Vicente, cuyo panegírico está tejiendo en estos versos. Al mismo tiempo que honra al mártir, enaltece a su obispo.

Con Valerio II le unen estrechos lazos de amistad pues le ha confiado delicadas misiones. Aquí aprovecha la ocasión para hacer perenne su memoria consignando sus nombres en vez del título de la catedral. Resaltamos el énfasis con que escribe: *¡Aquí está la catedral!*, queriendo enaltecer su magnificencia pues estaba adornada con 49 escenas bíblicas.

Han abundado las traducciones disparatadas de este verso. Señalaremos la de **Menéndez Pelayo**: alikuando dormitat Homerus. Atendió más a la forma que al fondo y se olvidó de la palabra mas importante: sacerdotum.

Dice así:      Aquí, rigiendo el animoso clero,  
                  de los Valerios la mitrada stirpe  
                  sube a la gloria

Un historiador añade como glosa: «Prudencio habla de una familia de Valerios de Zaragoza en la que debieron de abundar los obispos»<sup>299</sup>. ¿Por qué no averiguó cuál fue esa familia? No existió tal familia en Zaragoza en el siglo IV pues sólo hubo dos obispos llamados Valerio a la distancia de ochenta años y sin ninguna relación familiar entre ellos. Ni siquiera en la sociedad civil figuraban stirpes que retuviesen cargos. Pero los imitadores del maestro no cesan de repetir el disparate de la mitrada stirpe.

Analicemos la cuestión para reivindicar el auténtico pensamiento del ilustre poeta. La dificultad proviene principalmente de la bella metáfora inventada por Prudencio: *domus infulata*. Las tres acepciones corrientes de «*domus*» son casa, familia o stirpe y templo. Esas tres acepciones no se pueden emplear indistinta-

---

<sup>299</sup> Sotomayor, M., *o. c.*, p. 331.

mente. En la mente del poeta esa palabra *domus* representa un solo concepto, no varios; el contexto exigirá la traducción adecuada. *Infulata* por sinécdote equivale a mitrada y se aplica a la persona que puede usar mitra en el ejercicio de las funciones propias de su potestad y dignidad episcopales. Probemos las conexiones que se pueden establecer entre los diversos significados de *domus* y mitrada.

Primera: Sería disparatadísimo aplicar a la vivienda particular de un obispo el calificativo de mitrada por la sencilla razón de que los obispos, en los actos comunes de la vida realizados en su casa como son comer, dormir, leer, pasearse, etc. no llevan nunca ese atributo de su potestad episcopal. Hay que descartar por lo tanto de plano que Prudencio quisiese designar con «*domus infulata*» la casa o vivienda particular de dos obispos que gobernaron la sede cesaraugustana a ochenta años de distancia.

Segunda: Una stirpe mitrada significaría que todos los jefes de familia de ese linaje obtendrían por herencia paterna la dignidad y poder episcopal. Salta a la vista lo aberrante que resulta tal interpretación. Prudencio sabía que los obispos católicos son personas escogidas por Dios y constituidas por el Espíritu Santo en la Iglesia como maestros, sacerdotes del culto y ministros de gobierno, poderes que se confieren por el sacramento del orden y son personales e intransferibles. **No existe en la Iglesia católica stirpe mitrada.** ¿Cómo es posible que todo un García Villada nos venga traduciendo: «Aquí la dinastía de los obispos Valerios»?<sup>300</sup>.

Tercera: Podríamos presentar infinidad de ejemplos de *domus* significando templo tomados de la Vulgata y conocidos por Prudencio. Unamos pues mitrada a templo; le cae como anillo al dedo. *Iglesia mitrada* viene a ser la catedral donde el señor obispo residencial tiene la sede o cátedra y con solemnidad celebra la misa, administra los sacramentos y realiza bendiciones investido de mitra y báculo, atributos de su autoridad. Resulta evidente la mutua conexión que existe entre iglesia y mitrada.

Resumiendo, afirmamos que Prudencio con la metáfora «*domus infulata sacerdotum Valeriorum*» quiere significar la catedral donde tuvieron su sede Valerio I el año 300 y Valerio II en el 380, y donde ejerció las funciones de arcediano el mártir Vicente.

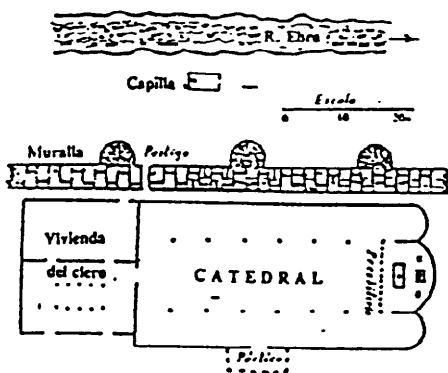
---

<sup>300</sup> García Villada, Z., o. c., p. 174.

#### 4. El poeta Prudencio y la Columna de la Santa Capilla

Ya expusimos que en noviembre del año 380 se celebró en la catedral de Zaragoza, que según Aimoino estaba dedicada a Santa María, un concilio nacional. Entre los doce prelados que firmaron las actas figuraba el obispo residencial, Valerio II<sup>301</sup>. Por exclusión de otras posibilidades, (Panonia, Milán) según tendremos ocasión de señalarlo en el decurso de esta indagación, se infiere como probable que esa catedral zaragozana tenía representadas en sus paños interiores en pintura o mosaico cuarenta y nueve escenas, de las cuales 24 correspondían al A. Testamento, otras 24 al N. Testamento, y en el gran arco fronterizo, figuraba el Pantocrator acompañado de los 24 ancianos.

Valerio II, conociendo la destreza poética del brillante abogado Prudencio, le encargó la delicada tarea de escribir una sencilla explicación para colocarla al pie de cada una de aquellas escenas a fin de que los fieles pudiesen entender con facilidad su significado. Eso debió de suceder en los años siguientes al concilio, cuando el poeta contaba unos treinta y cinco años. Cumplió Prudencio con brillantez su misión, pues escribió para cada escena un título y una estrofa de cuatro exámetros como explicación. Los reunió en un librito con el título de **Ditoqueo**, que significa «*doble alimento*» espiritual, es decir, del A. Testamento y del Nuevo. Se suele denominar también Inquiridion (reseña).



El santuario.



La Columna.

<sup>301</sup> Beltrán Martínez, A., *Historia de Zaragoza I. La Antigüedad*, p. 80.

### **Escena cuarenta y una: Columna, ad quam flagelatus est Christus.**

Tenía un interés especialísimo para los zaragozanos la escena cuarenta y una, que representaba la flagelación del Señor. Rafael la imaginó como aparece en el grabado y le puso como título: «*La flagelación del Señor*». De igual modo la han titulado todos los demás artistas que han tratado el tema. Así la designan también los cristianos de todos los tiempos y de todos los países, pues salta a la vista la figura de Cristo como principal.

Sin embargo, Prudencio le pone un título insólito: «*La Columna (atado) a la cual fue flagelado el Señor*». El poeta conocía la historia de la Pasión de Cristo. Sabía perfectamente la valoración religiosa que corresponde a cada uno de los elementos de la escena, y que la figura de Cristo no admite parangón. Con todo, destaca la Columna, al parecer lo menos importante, un objeto de suplicio. Este proceder resulta enigmático; en la mente del vate tiene que haber algo de sumo interés local respecto a la columna de la flagelación, de lo que los fieles de Zaragoza están al tanto, pues para ellos se escribió.

El investigador debe averiguar el motivo que impulsó a Prudencio a poner ese título. Nos ayudarán a esclarecer este misterio los autores pilaristas de los siglos XVI, XVII y XVIII, tales como Lupercio B. de Argensola, D. Murillo, J. Amada, A. Arbiol, M. Aramburu. Ellos, al comentar esta composición de Prudencio, cuentan que los zaragozanos habían recibido por tradición que la Columna de la santa Capilla era la que sirvió para atar al Señor en la flagelación. Lupercio escribía al canónigo Llorente en 1559: «*Dicen que el Pilar que vemos en la santa Capilla fue traído por los ángeles. Siendo así como la tradición asegura, habemos de dar alguna causa digna de que tales ministros lo trajesen y de que la Virgen se pusiese sobre él; pues ¿qué causa más verosímil que haber sido aquel en que Nuestro Señor Jesucristo fue azotado? Yo así lo oí predicar siendo niño al padre Gobierno*»<sup>302</sup>.

A su vez dice Murillo que «*corría entonces la opinión de que la Columna de la santa Capilla era la de Nuestro Señor. Yo me acuerdo de haber oído afirmar esto, no a muchos*»; pero pone algunos reparos a esa identidad<sup>303</sup>. Un siglo más tarde (1718) anota A. Arbiol: «*Se levanta gran discusión entre algunos escritores piadosos sobre si la santa Columna es parte de aquella en que fue azotado Cristo*». Y se exime de la cuestión diciendo que lo deja a gusto de cada cual, pues sólo se podría saber por revelación<sup>304</sup>.

---

<sup>302</sup> Amada, J. F., *Compendio de los milagros de Nuestra Señora del Pilar*, p. 75.

<sup>303</sup> Murillo, E., *o. c.*, p. 95.

<sup>304</sup> Arbiol, A., *España feliz*, p. 152.

Aramburu escribe que «*hay quienes sostienen que nuestra Columna es porción de la columna de la flagelación. Aunque no le faltan defensores muy autorizados a esta opinión, yo la tengo por más piadosa que fundada*». El padre Gerónimo Pardo, provincial de los agustinos, condena la postura de Murillo y defiende a macha martillo la afirmativa. A nosotros no nos interesan esas discrepancias sobre la verdad o falsedad de esa creencia porque sabemos con certeza que la Columna de la santa Capilla no tiene nada que ver con la columna de la flagelación del Señor. Son cosas distintas. Nos interesa mucho el origen de esa creencia.

Esa tradición, por su mismo contenido, tenía que proceder obviamente desde los primeros siglos y nos da la clave para poder interpretar el enigmático título de Prudencio: «*La Columna (atado) a la cual fue flagelado el Señor*». Este título presupone a las claras que los zaragozanos del siglo IV, entre ellos Prudencio, tenían la misma creencia errónea que predicaban los sacerdotes en los púlpitos de Zaragoza en el siglo XVI. Prudencio jamás hubiese escrito ese título, como no lo ha hecho ningún otro en el mundo, por tratarse sólo de la columna de la flagelación. El único motivo que le impulsó a hacerlo fue el convencimiento de que aquella columna, representada en el muro de la catedral, estaba en realidad de verdad en la santa Capilla, situada a la orilla del Ebro, ejerciendo la importante función de servir de trono a la imagen de la Virgen. Y lo escribe porque sabe que los zaragozanos están convencidos de ello. Con este dato desaparece el misterio del susodicho título, pues para los zaragozanos del siglo IV resultaba excelente, clarísimo y emotivo. Gracias a ese error escribió Prudencio estos versos. Dios escribe derecho con renglones torcidos.

Como corolario añadiremos que este título únicamente se podía escribir en la catedral de Zaragoza por la relación directa que establece con la santa Capilla. Por consiguiente podemos tener la certeza de que las cuarenta y nueve escenas figuraban en esa catedral donde tenía su sede Valerio II. En cualquier otra catedral del mundo —Roma, Milán, Mérida, Tarragona— Prudencio hubiese puesto por título: «*La flagelación del Señor*». Con seguridad podemos decir que jamás hubiese puesto el susodicho título por una columna situada en otra ciudad. ¿Qué les importaba a los menestrales de Zaragoza, para quienes escribía, una columna situada en Jerusalén? Pero sí que les interesaba y mucho la Columna que veneraban en la Santa Capilla. De todo esto deducimos como dato importante que existía en el siglo IV la santa Capilla edificada por Santiago a la orilla del Ebro para guardar la Columna puesta por la Virgen. El contenido de la estrofa constituye una confirmación clarísima de este hecho.

## La estrofa

Vinctus in his Dominus stetit aedibus atque columnae  
adnexus, tergum dedit ut servile flagellis.  
Perstat adhuc, templumque gerit, veneranda columna,  
nosque docet cunctis immunes vivere flagris.

La explicación de la escena la desarrolla el poeta de modo sencillísimo. Los dos primeros versos los dedica al Señor y rezan así:

El Señor, preso, estuvo de pie en esta mansión, y a la columna atado, ofreció como un esclavo la espalda a los azotes.

Sería difícil expresar con mayor espontaneidad lo contemplado en la escena del muro. A estos versos les hubiese correspondido el título de «*La flagelación del Señor*».

El segundo dístico está dedicado a la *Columna*, al parecer el elemento más insignificante de la escena. Pues bien, el poeta le dedica igual número de versos que a la figura de Cristo flagelado. Y dice de ella tres cosas: 1.º que persiste en su tiempo; 2.º dónde se halla (y no, qué hace); 3.º su relación con los habitantes del lugar. No describe la Columna como se ve en la escena de la catedral, esto hubiese sido lo lógico, sino como está en la santa Capilla, donde recibe la veneración de los fieles y atrae todo su interés.

Tercer verso:

Perstat adhuc veneranda Columna, et templum gerit (eam).  
*Persiste enhiesta la venerable Columna hasta hoy, y un templo (la) guarda.*

El poeta ha seleccionado con precisión admirable el verbo *perstat*. Expresa con vigor que la Columna permanece firme cumpliendo una función importante a través de mucho tiempo. Si Prudencio hubiese querido expresar esa función, habría escrito «*sustinet effigiem*», pero expresó el lugar donde se halla.

La frase *templumque gerit (eam)* ha suscitado controversia. *Gero*, en sentido literal significa «llevar algo a alguna parte». En sentido figurado puede significar: tener, guardar, conservar en un sitio, gestionar, etc. Por ejemplo, *gerere amicitiam* = guardar amistad, *g. odium*, *g. curam pro aliquo*, *g. partum*, *g. subdolem*. Gestación es el período de tiempo en que la madre guarda en su seno el fruto de su amor. Anota De Miguel que el uso en este sentido figurado es muy frecuente y muy clásico. Así lo emplea Prudencio en este caso. El complemento directo está elíptico y es el pronombre *eam* que reemplaza a *columna*. El pensamiento del poeta aparece clarísimo: y un templo la guarda.

Conste que no pretendemos originalidad alguna. Seguimos el parecer de dos insignes cronistas del Reino: Lupercio B. de Argensola escribía en 1599 al canónigo de Santa María B. Llorente: «*Prudencio en este verso trata de un templo que entonces tenía una columna*»<sup>305</sup>. José Pellicer de Ossau, cuestionando el título de Pilar, escribía: «*El poeta dice que la Columna se veneraba en un templo*»<sup>306</sup>.

Prudencio está hablando de un templo y de una columna que conoce a la perfección, ubicadas donde él vive y no pueden ser más que la santa Capilla y la Columna que guarda. Se trata del único caso existente en el mundo. Se trasluce que conoce por la tradición que Santiago y sus discípulos edificaron aquel edículo de la orilla del Ebro para guardar la Columna traída por los ángeles. Esa fue su única misión desde el año 40 hasta 1120.

Migne había transcrito las obras de S. Jerónimo y conocía por la epístola 27 que la columna de la flagelación estaba sosteniendo la portada del Cenáculo. Pero ignoraba la tradición pilarista pues los historiadores franceses omiten de modo radical este tema por considerarlo legendario.

Al transcribir las obras de Prudencio llegó a la escena de la flagelación del Ditoqueo n.º 41. Estaba convencido de que el poeta hablaba en esos versos de la columna de la flagelación. Se quedó perplejo ante la frase «*templumque gerit*» = y un templo la guarda. No acertaba a traducirla pues no compaginaba con lo que decía S. Jerónimo. Para salirse del embrollo se le ocurrió una solución funestísima: equiparar «*gerit*» con «*sustinens*», pues los autores describían cosas distintas.

Y no se contentó con esto, sino que aconsejó a sus lectores que, para traducir «*templumque gerit*» de Prudencio se fijasen en el «*sustinens porticum*» de S. Jerónimo. No se podía dar más disparatado consejo pues identificaba dos cosas que nada tenían que ver entre sí. Algunos traductores, confiados en su autoridad, siguen su invitación y escriben: «*la veneranda columna sostiene el templo*»<sup>307</sup>. ¿Dónde veían los lectores de Prudencio una columna sosteniendo un templo? Lo que veían era un pequeño edículo guardando la Columna de la Virgen. Si una columna sostiene una imagen es porque un agente la ha colocado encima y la soporta de modo pasivo. Una columna no puede realizar ninguna actividad por sí sola. No conozco ningún templo construido sobre una columna, ni columna alguna que soporte un templo. Opino que Prudencio tampoco. Además, ignoro

---

<sup>305</sup> Amada, J. F., *o. c.*, p. 76.

<sup>306</sup> Nogués, M., *o. c.*, p. 115.

<sup>307</sup> Guillén, J., *Obras completas de Prudencio*, p. 753.

qué de venerable pueda tener la tal columna. Sin embargo, cuando voy al Pilar, entro en una Capilla que tiene, guarda, en su interior de un modo estático una pieza cilíndrica de jaspe, llamada Columna, que es muy venerada desde hace siglos por el pueblo. Pienso que Prudencio y sus lectores realizaban una experiencia semejante en el mismo lugar, con la diferencia de que el edículo tenía entonces algo más de 4x2 metros.

Cuarto verso.

Nosque docet cunctis immunes vivere flagris.

*Y da a entender que nosotros vivimos protegidos de toda calamidad.*

Consideramos errónea la siguiente traducción que figura en algunos libros: «Y (la columna) nos enseña a vivir libres de todo esclavizante látigo». Una columna no puede enseñar nada ni a nadie porque se trata de una acción personal que un ser inanimado no puede ejercer. Una columna sólo puede dar a entender como signo o símbolo de algo. Para impulsarse a la operación es necesario ser viviente, y una columna no lo es, carece de potencia activa transitiva. Sólo tiene potencia pasiva. Por esa razón, en esta frase «docet» no lleva complemento directo. Lo que lleva es una completiva de infinitivo no concertada, donde «nos» es sujeto de vivere, porque esa Columna produce un efecto sin acción propia, es decir, como signo de lo expresado en la completiva.

He visto muchas columnas en múltiples edificios, pero ninguna de ellas me ha enseñado a vivir. En cambio, cuando entro en la santa Capilla y veo la «venerable Columna», viene a mi mente la idea de que la Virgen asentada sobre ella me protegerá de muchos peligros. Esa operación la realizo yo, pero influido por la Columna como signo; ella permanece pasiva. Pienso que a Prudencio y conciudadanos les pasaba lo mismo. Tomamos «*flagris*» en sentido figurado y traducimos por calamidad en la acepción general que abarca el orden físico, intelectual y moral, pues ni Valerio II ni Prudencio ni los demás cristianos estaban expuestos a los azotes propinados por los sayones con el flagro, como lo hicieron con Cristo.

La Columna, por ser trono de la Virgen, es símbolo de protección divina sobre los habitantes del lugar. Es la única en el mundo que goza de ese crédito. Por eso, en este verso Prudencio se refiere necesariamente a esa Columna. Nunca se consideró así a la columna de la flagelación que servía de sostén a la portada del Cenáculo, según escribió S. Jerónimo en el siglo V. En Europa (incluida Zaragoza) se ignoraba en el siglo IV esa situación. Comentando este verso escribía Lupercio B. de Argensola: «Prudencio decía que eran este Templo y Columna prendas de seguridad para los zaragozanos».

Recuérdese la frase de la Virgen: *Arrímate a este Pilar mío, y tendrás salud*. Esa salud no la concede la Columna sino Cristo por intercesión de su Madre, asentada sobre ese trono. Este verso parece un eco de las promesas que hizo la Virgen a Santiago. Lupercio opina que la versión dada por Prudencio es semejante a la que ofrecen los canónigos regulares del siglo XIII en el documento «*Cómo fue edificada la Basílica de Santa María*». En él se leen estas palabras de la Virgen: «*En este lugar obrará la virtud del Altísimo prodigios y milagros admirables por mi intercesión y reverencia a favor de aquellos que imploren mi auxilio en sus necesidades*».

¿Por qué Prudencio no habla de la Virgen? Porque tiene que ceñirse a lo que aparece en la escena de la catedral. Además, en el siglo IV atraía más la atención en el edículo de Santiago la Columna, don de la Virgen, que la imagen de la Virgen, por no estar generalizado el culto a Nuestra Señora.

Formulemos las conclusiones oportunas.

La columna que describe Prudencio tiene tres características:

- 1.<sup>a</sup> Persiste enhiesta hasta hoy en su función.
- 2.<sup>a</sup> Un templo la guarda.
- 3.<sup>a</sup> Es signo de protección celestial en favor de los moradores de la ciudad.

Estas tres características juntas las reúne de modo único y exclusivo la Columna de la santa Capilla de Zaragoza. Por consiguiente, según las leyes de la lógica, por razonamiento inductivo común —muy usado por médicos, jueces y naturalistas— se llega a la conclusión cierta de que Prudencio en este dístico habla de la **Columna de la santa Capilla**, tal como es conocida en los últimos ocho siglos. El sentir religioso expresado por el poeta ha sido compartido por el pueblo durante todos esos siglos. Este testimonio de Prudencio posee un valor insuperable en favor de la tradición pilarista.